

por buscar el auténtico espíritu monástico, teniendo la mirada siempre atenta a lo que sucedía en todo el resto del orbe cristiano, tanto para imitar lo mejor como para no errar en el camino, siguiendo el consejo de San Pablo «*todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable. Todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio. Todo eso tenedlo en cuenta*»; y también «*examinadlo todo y quedaos con lo bueno*». Que este espíritu reinaba lo muestran los códices que contienen varias «Reglas», así como lo testimonia la existencia misma y la justificación de los monjes «giróvagos», amén de los intensos contactos entre los monasterios y la búsqueda de la tradición más genuina.

Esto mismo se comprueba por la enorme influencia de unas reglas en otras. Así la regla de San Agustín ha influido en la *Regula ad monachos* de San Cesáreo de Arlés; San Benito de Nursia, en su Regla, conoce y toma pensamientos y normas de la Regla de S. Agustín; la *Regula Tarnatensis* transcribe toda la regla de San Agustín; San Leandro en su *De institutione virginum*, calca la Regla de San Agustín; todo el monacato oriental parte de la imitación de San Antonio y San Pacomio; y todo el monacato occidental parte de los ejemplos y reglas del oriente; San Benito de Nursia conoce, emplea y llama «nuestro Padre» a San Basilio;

VI. TEXTOS LITERARIOS Y VIDA COTIDIANA MONACAL

Sobre el monacato no solo hay mucha literatura antigua como acabamos de señalar, sino, sobre todo, hay una abundantísima historiografía. Caracterizar tantos títulos es complejo porque se puede afirmar que se tratan todos los temas, pero una descripción global y un tanto superficial nos da la impresión de que predominan los estudios de espiritualidad, los estudios de integración de los monjes en la Iglesia, y los estudios de personalidades monásticas. Un tema que apasiona es el origen del monacato, y ello es muestra de que los estudios monásticos tienen mucha mayor carga ideológica que sociológica real.

La vida cotidiana de los monjes unida a la arqueología monacal está mucho menos representada o está representada con lenguaje simbólico. Se habla de la vida cotidiana tal y como la describen las reglas, pero no resulta fácil precisar cómo se verificaba, ni en lo ambiental ni en los pormenores y concreciones. Del mismo modo que no es fácil concretar la liturgia en los monasterios ni en las iglesias, porque las liturgias antiguas no dan textos abundantes ni suficientemente claros, y la estructura de las iglesias no se conoce muy bien. Y sobre todo porque la arqueología se ha ocupado del tema del monacato sólo en la medida en que hallazgos concretos han

provocado una investigación. La arqueología del monacato, lo mismo que la arqueología de cualquier tema monográfico, está por siempre en curso de formulación.

Y lo que se sabe del monacato egipcio y sirio es porque todavía hay monjes vivos allí y la tradición no se ha interrumpido. En Europa los estudios sobre el monacato se han centrado sobre todo en el estudio de los restos que quedan de los grandes monasterios medievales y modernos, y muy particularmente en los que quedaron en ruinas a partir de la desamortización de la Edad Moderna, en Inglaterra o de la edad contemporánea en España, o de la arquitectura medieval de los que todavía hoy son monasterios vivos con una gran tradición y artísticamente muy ricos.

La carencia de estudios arqueológicos es particularmente penosa cuando tenemos por una parte textos, como es el caso de las primeras reglas monásticas hispanas; por otra parte sabemos con absoluta certeza que hubo cientos y cientos de monasterios y no se han intentado localizar ni prospectar, que es el caso que nos ocupa.

Y algo parecido se podría decir de la arqueología de los *scriptoria* monacales. Se sabe de la educación en los monasterios y que los códices eran leídos por los monjes, como nos lo atestiguan San Agustín y San Isidoro entre otros, sabemos que en monasterios como Albelda se han compuesto excelentes manuscritos, pero no es fácil plantear el modo como los monjes trabajaban ni sobre todo la arquitectura de los mismos en los siglos de la Antigüedad Tardía.

Jose Orlandis se ha acercado mucho al estudio de la vida cotidiana en los trabajos contenidos en su magnífico libro *Estudios sobre instituciones monásticas medievales*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1971, pero sin llegar a tratar la dimensión material de los temas.

VII. EL MONACATO RUPESTRE O ARQUEOLOGÍA DEL MONACATO

El estudio de la vida material de los monjes hasta ahora se ha hecho en función de los «monumentos» reconocidos como «monacales», de los que quedan muy pocos en España de tiempos anteriores a la invasión árabe del siglo VIII. Esos pocos que quedan son bien conocidos por su monumentalidad. Es el caso que las nuevas prospecciones están abriendo un cauce nuevo a la arqueología monacal.

Todos los investigadores conocen y cuentan una serie de datos que son muy significativos: Que San Antonio, el primer eremita en Egipto vivió en tumbas, que eran grutas; que Gregorio de Tours vivió en una cueva; que en Norcia, en la abadía de San Eutizio en Val Castoriana; San Spes y San Eutizio fueron ascetas que vivieron en una cueva, antes de San Benito, como cuenta S. Gregorio Magno en sus diálogos; que